

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

**EL
ROSTRO
DE
JESUS**

Talca, Agosto 15, 1991.

PRESENTACION

*Nació en una oscura aldea,
hijo de María, una campesina de aquel tiempo.
Trabajó en una carpintería
hasta los treinta años.
Después, por tres años,
recorrió los caminos predicando.
Nunca escribió un libro y nunca formó una familia.
No fue a la Universidad,
nunca viajó a más de 300 kilómetros
del lugar donde había nacido.
No hizo ninguna de las cosas
que ordinariamente asociamos con grandeza.
Nunca tuvo otra carta de presentación que sí mismo.
Tenía sólo treinta y tres años
cuando la marea de la opinión pública
se volcó contra él.*

EL ROSTRO DE JESUS
+ CARLOS GONZALEZ C.
OBISPO DE TALCA

Derechos Legales Reservados

Inscripción N° 79.912

Editado, Impreso y Distribuido por:

MARANA - THA LTDA. 1 Norte 549 - F.234428

TALCA - CHILE

*Sus amigos escaparon.
Fue entregado a sus enemigos,
se burlaron de él y lo sometieron a juicio.
Fue clavado en una cruz entre dos ladrones.
Mientras moría sus verdugos se sortearon entre sí
su túnica
su única posesión en la tierra.
Una vez muerto fue enterrado en una tumba prestada
gracias a la compasión de un amigo.
Han pasado diecinueve siglos .
Y todavía El es la figura central de la raza humana
y el líder del progreso de la humanidad.
Todos los ejércitos que han marchado,
todas las armadas que han navegado,
todos los parlamentos que han sesionado,
todos los reyes que han reinado,
todos... sumados,
no han afectado la vida del hombre en la tierra
tanto
como JESUCRISTO, Dios verdadero y Hombre
verdadero.*

1. LA FE EN JESUCRISTO

Al iniciar estas reflexiones sobre el rostro de Jesús me parece necesario entregar algunas orientaciones destinadas a ayudar en el crecimiento de la fe.

Con alguna frecuencia hacemos imágenes del rostro de Dios, según nuestros propios intereses y deseos, y, tal vez, muchos se han quedado con una caricatura del Dios Verdadero. Se desconoce que para conocer el rostro verdadero de Dios es necesario entrar por el camino de la fe. Sin la experiencia de fe, nuestro conocimiento de Dios será vago y distante, y presentaremos una imagen deformada del Dios Verdadero.

Por esta razón, antes de entrar a tratar el rostro de Dios deseo presentar estas orientaciones sobre la fe que ayudarán a conocer mejor el rostro de Dios.

Jesucristo es Verdadero Dios y verdadero hombre. La Iglesia es el Sacramento viviente de Cristo extendido en el tiempo y comunicado por obra del Espíritu Santo. San Pablo nos recuerda que *"son hijos de Dios los que son guiados por el Espíritu Santo"*.

Ser católico presupone aceptar estas grandes verdades; pero es de gran importancia descubrir y ahondar en la manera de vivir la fe en el Señor Jesús.

Para vivir la fe es conveniente reflexionar sobre lo que implica creer en el sentido más amplio. La fe no es solamente una relación con Dios, ya que va unida a ella en forma inseparable, un modo de relacionarse con el hombre. *"El que dice que cree en Dios y no ama al hermano está en la mentira"*.

La fe es una adhesión a la Persona de Jesucristo, Unico y Verdadero Señor.

Es, por tanto, un acto de apertura hacia la Persona de Jesús en quién ponemos nuestra total confianza. Es una opción y no sólo un sentimiento. Aún más, es una actitud por la

cual yo permanezco abierto y disponible comprometiendo todo lo que soy en una relación libre y personal con el Resucitado.

La fe engloba todo el ser y todo el quehacer de la persona: sus relaciones, sus cosas, su mundo, toda su vida.

La fe católica es una apertura total del hombre para acoger a Jesucristo, como Unico Señor de la vida, como Unica fuente de felicidad, como Unico camino que da sentido a la existencia humana.

No se trata sólo de acoger una doctrina, o un código moral, o un conjunto de ritos, o una institución o un cierto sistema ideológico.

Es acoger a la Persona de Jesucristo como el Hijo del Padre, quien se hizo hombre y fue igual a todos nosotros, menos en el pecado. La fe es adhesión a la Persona de Jesucristo Quien se manifestó en Palestina, como Enviado del Padre, como Verdadero Dios. *"Quien me ve a mí, ve al Padre"*.

La fe implica aceptar, no solamente la Persona de Jesús, sino su mensaje, su estilo de vida, la causa del Reino como el único "Absoluto".

La fe no es un tranquilizante. Es colocar la confianza en el amigo que invita, impulsa, exige y ayuda. La fe no es una receta. Es un Maestro que explica lo que es Dios, cuál es su Rostro, cuál es su Proyecto.

La fe no es una ideología. Es Alguien a quien seguir, con quien comprometerse para construir el Reino.

La fe no es un simple punto de llegada; es un permanente recomenzar desde otro punto de vista, y con Otro, el camino de la vida.

La fe es un Diálogo con el Maestro sobre el presente y el futuro, ya sea en lo individual y en lo comunitario.

La fe es un Encuentro con el Rostro de Dios presente en el hambriento, en el enfermo. Es una realidad que tiene grandes proyecciones hacia todas las relaciones huma-

nas de la vida actual y a todo lo que va sucediendo en la historia de la humanidad.

La fe no es alienación, no es pasividad, ni resignación. Significa vivir en forma seria y consecuente con lo propuesto por Jesús, y El jamás presentó la vida en forma alienante o pasiva.

Jesús viene a "*traer vida y vida en abundancia*" dice el Evangelio; y la vida es un proceso en el cual existe un recibir que transforma y entrega nuevas energías y vivencias. Es una realidad plena en un proceso vital permanente y renovador.

Jesús presenta el ejemplo del grano de trigo que muere para dar fruto y es recibido por la tierra quien le comunica su vitalidad.

El grano de trigo se hace permeable, se deja penetrar por el agua, por el calor. El grano de trigo gime, sufre, revienta para germinar y así dar más vida.

La fe sigue el proceso de la Vida, de toda la Vida; esencialmente es interacción para recibir, transformar y comunicar.

La fe católica es la fe en Jesús, el Señor. Pero no es sólo la fe en Jesús, es también entrar a vivir la fe de Jesús y hacerla nuestra. No es sólo aceptar su persona concreta y viviente, es también aceptar su mundo. Es también entrar con El en la trama de las relaciones que forman y dan sentido a su vida. Es poner nuestra fe en aquellos en los cuales El puso su fe. Es seguirlo en todo, y el seguimiento de Jesús es base central de la fe cristiana.

Entrar a vivir la fe de Jesús es entrar en esa relación íntima y misteriosa con Dios. Es poner toda la confianza en ese Dios que El nos revela como su Padre, es descansar en sus manos paternas. Pero es también buscar incansablemente, como El, la Voluntad del

Padre y centrarse en Ella. Es también entrar, activa y responsablemente, en el proyecto de Dios sobre el hombre y sobre el mundo. Es descubrir en la oración, junto con Jesús, ese rostro nuevo de Dios que El nos revela: el Dios de la misericordia y de bondad.

La fe en Jesús nos hace también entrar con El y seguirlo en la formación de esa comunidad de hermanos que es la Iglesia. Es aceptar ser parte de este pueblo de Dios querido y sostenido por El y que tiene una estructura definida en la jerarquía de servicio que El quiso darle. Es también descubrir su presencia viva y activa en esos dos elementos que configuran la Iglesia: la Escritura y la Tradición.

En la Iglesia, a través de hombres frágiles y pecadores como nosotros, pero elegidos, consagrados y enviados por Dios, vamos recibiendo el llamado a compartir la vida divina en esos gestos salvadores y personales de Cristo que son los Sacramentos y en especial en la Eucaristía, que los concentra a todos y que nos pone en unión profunda y

personal con Jesucristo vivo y activo hoy en su Iglesia. Y así, por esa maravillosa iniciativa de Dios que es la Encarnación de su Hijo, vivimos la Fe en dos planos que se entremezclan, se complementan y enriquecen mutuamente: lo humano y lo divino.

Así, por la fe católica, entrando en esa relación de amor y de verdad que Jesús mantiene con Dios y el hombre, vamos descubriendo el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro del hombre. Jesús nos muestra estos rostros y nos invita a acogerlos.

2. EL ROSTRO DE JESUS

Han pasado veinte siglos desde que el Hijo de Dios, queriendo ser fiel a los proyectos de su Padre, le dió el sí y tomó todo lo nuestro y se hizo hombre como nosotros. Tomó todo lo nuestro: nuestras manos y un rostro como el nuestro, nuestras lágrimas y nuestras sonrisas, nuestra sensibilidad, nuestro largo proceso para ir aprendiendo a vivir. Hace veinte siglos que El nació integrado a una familia amplia de parientes y primos, de una nacionalidad concreta, de una cultura artesanal y rural, de una larga tradición bíblica. Hace veinte siglos que se integró a una pequeña empresa familiar y se ganó el pan trabajando en un taller de carpintería y compartiendo el trabajo de los campesinos. El martillo y el arado le eran familiares.

Jesús en su caminar en la tierra, fué seguido por algunos discípulos cautivados por su personalidad, por su mensaje y por la promesa tan soñada por los judíos.

Este Nazareno, cercano a todo hombre, preocupado por los más marginados, misericordioso con los pecadores, fué dejando huellas en sus seguidores y, sobre todo, recuerdos imborrables sobre su manera de ser.

"El Maestro", como lo llamaban sus discípulos, durante su vida pública ha ido señalando los caminos para que el hombre se fuera relacionando en forma verdadera con Dios y con los hombres.

Les ha enseñado a relacionarse con Dios Padre "Abba". Este nombre tan familiar y tan íntimo fue causando impacto y escándalo.

Sobre todo, no cabía en la mentalidad del judío acercarse a Dios, al hombre, a sus sufrimientos, a sus alegrías y a su pecado.

Jesús de Nazareth, con su ejemplo y con sus palabras, fue modificando las relaciones

humanas, eliminando todo lo que es odioso y discriminatorio.

Para Jesús, toda persona humana tiene cabida en la fraternidad.

Todos los seres humanos, el herido del camino, el hijo pródigo, Zaqueo, y tantos otros que aparecen en los Evangelios, están llamados a gozar de la misericordia del Padre del cielo "*Se hará más fiesta en el cielo por un pecador que vuelve que por noventa y nueve justos*".

El Testimonio y la Palabra de Jesús fue causando impacto, sorpresa e interrogantes fundamentales.

"¿Será éste el Mesías?".

La fe de los discípulos de Jesús entró en crisis. Su muerte en la Cruz confundió y dispersó a los apóstoles.

Sucede el gran Acontecimiento de la Resurrección y la fe vacilante adquiere fuerza y estabilidad en quienes habían dudado y

habían sido derrotados por el miedo y la tristeza.

Desde la experiencia vital de la Resurrección los discípulos empezaron a hacer una lectura de la fe de todo lo que habían visto y oído.

Realmente Jesús de Nazareth era el Mesías, el Verdadero Dios, y todo su testimonio de Hijo del Padre, de hermano de todo hombre, era el Rostro Encarnado del Dios Verdadero.

Los amigos de Jesús no dejaron ninguna huella de sus pasos, de sus manos ásperas no ha quedado ni una viga labrada, y de su extraordinaria vena poética no ha quedado nada escrito.

Surge la pregunta: ¿Por qué no dejaron nada tangible para la posteridad?

La razón más profunda de la ausencia de algún retrato de Jesús, viene de la tradición judaica que no aceptaba tener imágenes de Dios. El pueblo de Israel sostenía que cuando

Dios es manejable y está a la libre disposición del hombre, deja de ser Dios. En todo el Antiguo Testamento no aparece el rostro de Dios y cuando Moisés, gran conductor del pueblo que va a la tierra prometida le pide a Dios que le muestre su rostro recibe esta respuesta: "*mi rostro no lo podrás ver porque ningún hombre puede ver mi rostro. Colócate a la hendidura de la peña y verás pasar mi sombra; pero no podrás ver mi rostro*". (Exodo 34,2).

Así se explica que no tengamos un retrato de Jesús. Pero cada época va tratando de construir diversas imágenes de Cristo. A lo largo de los siglos podemos encontrar los rostros de Jesús que han hecho los romanos, los hombres de la Edad Media, en el Renacimiento y en el tiempo actual. Existen rostros de un Cristo de ojos azules y de cabellos rubios que nada tiene que ver con el rostro enérgico y vital que presentan otros artistas.

Pero este no es el problema de fondo ya que aunque no tengamos un rostro físico de Jesús necesitamos conocer el verdadero Jesús, su mentalidad y sus criterios. Es posible que

un artista dibuje un rostro de Jesús según su modo de pensar y que existan rostros románticos o nostálgicos, tristes o alegres de Jesucristo; pero la personalidad de Jesucristo no debe ser interpretada según los gustos o la sensibilidad de cada persona.

La Iglesia necesita estar apoyada en Jesús; pero no en un Jesús a la manera que cada cual quiere, sino en el rostro verdadero y permanente que le da sentido al Reino de Dios, a la Iglesia, y a todo lo que estamos tratando de hacer al afirmarnos cristianos.

Nace en una realidad histórica de dominación, en un país ocupado por los romanos, en un contexto de mayoría analfabeta con una cultura transmitida en forma verbal más que escrita. Esta dominación permanecía por algunos siglos; pero siempre había la esperanza de un Salvador o Mesías que vendría a sacarlos de la dominación y del desprecio.

Esperaban y esperaban. Pasaban los años y el pueblo vivía servilmente sometido y en el año 15 del Emperador Tiberio, a quien se debe el nombre de la ciudad de Tiberíades, a

orillas del lago Galilea, aparece un personaje llamado Juan el Bautista.

Llega en un tiempo revuelto. Había violencia y guerrilleros llamados Zelotes. Existían fariseos que interpretaban la Ley, y sacerdotes encargados del templo. También habían surgido los esenios, grupos de reflexión y estudio, que vivían en pequeñas comunidades y con una búsqueda espiritual diferente a los fariseos.

Juan el Bautista entrega un mensaje que llama más al temor que al amor de Dios. Sigue la línea de los profetas del Antiguo Testamento que mostraban con una fuerza especial la imagen de un Dios temible y vengativo. Es el Dios de la ira y del castigo.

Juan el Bautista es tomado prisionero para morir decapitado y surge la figura de Jesús en una realidad difícil y desconcertante.

Antes de iniciar su vida pública había sido bautizado por el Bautista en el río Jordán; hace un retiro de 40 días en el Monte de las Tentaciones donde es probado por Satanás. Al

regresar del desierto inicia su vida pública y allí tendremos que descubrir los rasgos o el rostro de Cristo que queremos dibujar en estas líneas.

3. TRES CAMINOS PARA CONOCER EL ROSTRO DE JESUS

Nuestra imaginación podrá conducirnos de acuerdo a nuestra sensibilidad, a nuestra percepción de Jesús, a nuestra cultura. Brotarán diversas imágenes que querrán ser el "retrato" de Jesús. Algunos sin duda más cercanos a la realidad, otros muy alejados a veces. Pero todo es sólo una aproximación. El rostro físico histórico de Cristo no aparece, sólo aparece aquello que nos conducirá a descubrir su presencia, su rostro siempre actual y encarnado en la vida de todos los momentos de la historia: *"Yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos"* (Mt. 28, 20).

× a) Jesús nos conduce a encontrarlo en primer lugar en los Evangelios, en el testimonio de esos hombres que tuvieron la experiencia directa e histórica de encontrarlo en los

caminos de Palestina y ser llamados y elegidos por El. Y este camino es un camino privilegiado sin el cual los otros dos pueden caer en lo imaginario. Es el punto de referencia que no puede faltar en esta búsqueda incesante del rostro de Jesús. Los Evangelios nos pondrán en contacto con sus criterios, sus sentimientos, sus opciones, su estilo, sus proyectos, sus gestos de misericordia y cariño, sus palabras de Amigo y Maestro.

b) Jesús es "el Camino" que conduce al hermano sea hombre o mujer, es una invitación a mirar a los que nos rodean con una mirada de Fe, que traspasa lo sensible para ir a esa presencia y ese rostro profundo de Jesús en el hombre. Esa mirada en la Fe es la única válida para poder realmente ver. Si no, nos quedamos en las apariencias. Para poder creer no es necesario ver, pero sí es necesaria la fe para poder ver la realidad y leer en ella una presencia, un llamado. Y nos conduce al hombre individual, pero también al hombre en su mundo, en su tiempo, en la realidad humana cargada de la acción y los criterios del hombre. Es ese llamado de Jesús a leer e interpretar los

"signos de los tiempos". Nos conduce al hombre de hoy y de siempre.

c) Jesús, es "el Camino" que nos conduce al Padre, a encontrarlo en ese que es el "Otro totalmente otro" que es Dios. Este encuentro se hace en la Oración o experiencia interior, cuando nuestra mirada espiritual que busca el rostro de Jesús se sumerge en nuestro mundo interior y va a la raíz de nosotros mismos. Allí tenemos la experiencia indecible de encontrarnos llevados más allá de nosotros mismos, a la intimidad del misterio de Dios. La Virgen María, contemplativa por excelencia, podrá ayudarnos profundamente a crecer en esta tercera senda. Ella, mejor que nadie, tuvo esa experiencia de Jesús que todos necesitamos cultivar.

Descubrir el rostro de Jesús hoy, para nosotros, es hacer entrar en diálogo esas tres sendas: La senda privilegiada de los Evangelios que nos ponen en toda la densidad humana y divina de Jesús en quien reconocemos el Hijo de Dios. La senda que es el rostro de cada mujer, de cada hombre. Rostros desfigurados

por el pecado, marcados por la fragilidad pero iluminados desde el interior por el Amor y la Esperanza que se vislumbra en sus ojos, en sus gestos. Que es también el rostro de nuestro mundo, de nuestra cultura e historia. La senda que es esa oración o experiencia misteriosa y oscura que vivimos en nuestro encuentro con Dios en nuestra intimidad sagrada y personal.

Tres sendas distintas pero que se unen en "El Camino", que entran en diálogo para abrirnos al encuentro, aquí y ahora, con el Jesús de siempre, plenamente hombre, plenamente Dios.

Abrirse al Jesús de los Evangelios, acoger a Jesús - en - el - hermano, entrar en la experiencia mística de la oración son las tres sendas para descubrir a Jesús-en-el-Padre, a Jesús-el-Hijo-de-Dios.

Son las tres sendas para entrar en contacto con ese rostro vivo y siempre contemporáneo de Jesús. Son los caminos que nos hacen llegar sus llamados, sus testimonios. Son los caminos capaces de motivarnos interior-

mente y ayudarnos a ser buscadores del rostro de Dios.

Las tres sendas se necesitan mutuamente y se complementan. Esta idea de complementación es necesario subrayarla en forma permanente porque las tres sendas unificadas por dentro nos dan una riqueza y una profundidad de mucho contenido y de grandes proyecciones.

Así podremos realmente encontrar y conocer a Jesús. Así podremos saber a Quién seguimos y por qué nos llamamos cristianos.

4. ALGUNOS RASGOS FUNDAMENTALES DEL ROSTRO DE JESUS

Si abrimos nuestro corazón a sus palabras escritas como un testimonio de sus amigos, podremos entender mejor esta voluntad de no dejarnos rastros materiales de su persona. Acojamos algunas de sus palabras:

El, cuando se dirige a sus amigos para invitarlos a una experiencia de vida nueva, no les dice "*imítenme*", les dice "*síganme*". Aceptar que El entre en la vida del hombre no es imitar su imagen física, es entrar a vivir su estilo, sus proyectos profundos, su espíritu. Es seguirlo en su camino interior de fidelidad al Padre al servicio del hombre.

El Hijo de Dios tomó una vida de hombre concreto, sometido a una cierta cultura, y vivió en una determinada situación política.

Fue un hombre de su tiempo, de su raza. Un llamado a imitarlo materialmente nos habría obligado a salir de nuestra realidad y El no nos ha dejado una imagen material para que, libremente y en forma creativa, tomemos nuestra historia y nuestro mundo en nuestras manos como El lo tomó para amarlo y renovarlo. Su imagen física habría sido posiblemente una trampa que nos habría paralizado en un mundo, en una época que no son los nuestros. El nos llama a poner los pies en la tierra y a vivir un compromiso con nuestra realidad actual. Su personalidad descrita en los testimonios escritos por sus amigos, dinamiza e impulsa a vivir nuestra vida en el tiempo en que Dios nos ha colocado.

El no nos habla de El mismo como si fuera nuestra "meta". El nos dice "*Yo soy el camino*".(Jn. 14, 6). Un camino es algo que conduce hacia otros lugares y detenerse definitivamente en un camino es como morir. Un camino es un impulso que nos lleva más allá de él mismo.

Jesús es un camino que conduce al Padre, que abre a un espacio de inmensidad, a un horizonte sin límites, a una plenitud de vida y de felicidad, a ser acogidos en el corazón de un Padre lleno de misericordia como El nos lo presenta en la parábola del hijo pródigo. (Lc. 15, 11-32).

Jesús es también un camino que nos conduce hasta el hombre, que nos orienta hacia el hombre. Nos llama a ir hacia los hombres a llevarles una Buena Noticia de amor, de verdad, de misericordia, de liberación. Aún más: nos revela que su rostro nos va a ser visible en el rostro de los hombres y mujeres que nos rodean, santos o pecadores. Acogiendo a nuestros hermanos, hombres y mujeres, lo acogemos a El.

El, hablando de sí mismo, nos hace entrar al mundo de los símbolos, imágenes que nos llevan a reconocer una realidad que está más allá de sí misma. Y nos dice: "*Yo soy la Vid*" (Jn. 15, 1), "*Yo soy el Buen Pastor*" (Jn.10,11), "*Yo soy el Cordero de Dios*", "*Yo soy la Puerta*"(Jn. 10,9), "*Yo soy el camino*" (Jn.14, 6). Y

los primeros cristianos siguieron ese estilo e inventan nuevos símbolos o imágenes como el pez. No hay pretensión de dejar un retrato, pero sí una personalidad, una experiencia interior, un estilo, un llamado. Sólo en épocas posteriores, cuando la Iglesia mezcla sus raíces con la raíces del poder temporal, surgen los retratos de Jesús asimilados a los poderosos. Hoy vivimos una vuelta a lo simbólico como una vuelta a algo más auténtico.

En esta mirada deseo presentar a Jesús en su relación con el Reino de Dios y las Bienaventuranzas.

A. Jesús y el Reino de Dios

a) Jesús hace presente el Reino de Dios

Jesús inicia su vida pública diciendo "*el tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está*

cerca. Conviértanse y crean en la buena noticia"
(Mc.1,14).

Estas palabras traen el desconcierto del pueblo judaico en especial entre los fariseos y los poderosos de aquel tiempo.

¿Qué aporta Jesús?. En primer lugar entrega el gran ejemplo de su vida que El propone a todos. Al rico le presenta un mensaje para los excluidos y marginados, a la mujer adúltera amenazada de muerte y a los enfermos enseñó lo que significa la vida de Dios. Para todos, ya sea para quien no tiene o para quien lo tiene todo entregó esperanzas y alegría de vivir.

La llegada de Jesús significa que el Reino está presente entre los hombres. El es el mismo Reino presente en la humanidad concreta, en todos los que se encuentran con El en el camino. El Reino está presente para innovar las relaciones humanas en tal forma que todo cambia. No presenta criterios directos sobre el Imperio Romano; pero la presencia del cristianismo en el Imperio crea los

cambios que nacen por las semillas que van sembrado los primeros cristianos.

Jesucristo es el Reino en forma humilde y transparente. El es Dios presente entre los hombres, en las estructuras, en toda la humanidad. No da decretos; pero El mira mucho más lejos sin encerrarse en límites estrechos; piensa en los que "*vendrán del oriente y del occidente hacia el Reino*". Su universalidad es una realidad que El la vive sin palabras. San Pablo lo proclamará más adelante en forma pública.

El pueblo quería un Reino temporal y un caudillo para liberar al pueblo de la dominación. Soñaban con un jefe semejante a los grandes conductores del pueblo de Israel que nos muestra la Biblia. Pensaban en el "León de Juda" y Jesús se muestra como un manso y humilde cordero.

Para ellos la idea del Reino estaba centrada en el poder y la fuerza. No pudieron captar las palabras de Jesús que "*el Reino de Dios está cerca*", en el corazón de los que viven las palabras del sermón de la montaña y que no puede ser entendido por los soberbios

orgullosos. Jesús habla del "*reino escondido*" en el corazón de los hombres; pero el pueblo quiere un Reino exterior. Así van surgiendo las tensiones y las frustraciones.

Jesús dice que "*el tiempo se ha cumplido*" y enseña el "**Amor de Dios**" y muestra al "**Dios del Amor**". Es una experiencia demasiado revolucionaria para un pueblo que ha vivido en el temor y en un posible castigo de Dios.

b) El Reino desconcertante

Jesús enseña que el precepto principal consiste en amar a Dios y al prójimo y rompe la ley del "ojo por ojo y diente por diente". Habla del perdón y el amor a los enemigos lo cual claramente va contra la lógica de la guerra y la violencia.

Perdonar y decir que somos hermanos no es un romanticismo evangélico sino un mensaje con facetas terriblemente fuertes.

Presupone atravesar un camino, sufrir una transformación, un cambio radical.

Abre caminos hermosos; pero difíciles y a veces oscuros. Son caminos que ofrecen posibilidades nuevas de una vida humana transformada por el amor y el perdón.

Presenta posibilidades para partir de nuevo, tomando en cuenta las debilidades que todos llevamos en nuestra frágil condición humana. Es hermoso perdonar; pero significa aceptar transformaciones de fondo lo cual es doloroso y difícil.

Al meditar en la Pasión de Cristo se encontrarán respuestas a muchas realidades aparentemente contradictorias. Significará abrir puertas, transformar mentalidades, quebrar la lógica de la guerra y pasar por la Cruz. Será penetrar en lo más profundo de la Revolución de Jesús, en su misterio de Muerte y Resurrección que lleva a la paz.

Las transformaciones profundas siempre constituyen un riesgo y necesitan pagar algún precio.

Jesús no vacila en luchar por la justicia, por el perdón y la sanación de los corazones que están destrozados. Siempre, casi en forma desapercibida, trata de restablecer las relaciones humanas y el capítulo 25 de San Mateo es como su último llamado a este encuentro de todos. Es la última llamada que El presenta en el Evangelio.

Jesús está cercano a toda angustia humana. El marcha con los discípulos de Emaús en un acompañamiento que simboliza cómo El camina con toda la humanidad. Interviene en el encuentro con todos los hombres. Todo parte de su relación de Hijo del Padre, relación esencial y no accidental.

La Encarnación es una iniciativa del Dios Trinidad que lleva a la Encarnación del Hijo en la persona de Jesús, Hombre y Dios. Es prolongación del misterio de la Trinidad que nos comunica su amor y su verdad.

Jesús lo recibe todo del Padre; todo en El es desposeerse de sí mismo para hacer la Voluntad del Padre en forma radical y siempre al servicio de la humanidad.

El aporta a nuestras vidas la posibilidad de una transformación total encontrándonos con la libertad verdadera y en una relación con nuestros hermanos marcados por los rasgos del amor que existen en la Trinidad, en el Padre, el Hijo y el Espíritu. Allí todo es amor y verdad. Allí, en la Trinidad, la armonía y la bondad son perfectos. La Encarnación del Hijo, el Enviado del Padre, nos abre una puerta tal vez desconocida por muchos; pero siempre la Trinidad estará en la raíz más profunda del amor y de la unidad.

Los gestos de Cristo están marcados por la gratuidad absoluta que existe entre El y su Padre. Sin esta realidad todo podría ser propaganda, proselitismo o una beneficencia organizada. La gratuidad de Jesús abre caminos a la libertad y respeto a la libertad de los otros. Por algo San Pablo recuerda que nuestra vocación cristiana es la vocación a la libertad.

El Cristo que surge de la vida y de la muerte, en la Resurrección, es la Palabra que atraviesa cada acto de existencia, cada encuentro humano.

La Resurrección es un llamado universal, silencioso, a la unidad, a la comprensión. El Cristo encarnado es el hombre asumido por Dios. Significa que Dios ha asumido las relaciones humanas en una transformación radical. Es una conversión silenciosa que significa entender el lenguaje de la Resurrección en un respeto muy profundo.

Hay un camino nuevo; pero también es necesario afrontar lo que significa un Cristo condenado que se ha expuesto a restablecer las relaciones humanas en su mayor verdad.

El Reino de Dios es desconcertante y Jesús es un militante de la justicia y en el juicio final (Mateo 25) se presenta un resumen global de lo que El desea en las relaciones humanas. Así se llegará a cumplir lo que dice Isaías "*habitarán el lobo con el cordero y el león cohabitará con el buey*" (Isaías 65,25).

Jesús hace milagros y los Evangelios muestran cómo va sanando enfermos de diversas dolencias; pero, poco a poco, se va mostrando cómo aumentan lo que un escritor ha denominado "narraciones de consuelo" que

este escritor contrapone a "las narraciones de milagros". Jesús va restableciendo los puentes quebrados, sanando las heridas interiores, el pecado, los rencores, susceptibilidades y los sentimientos de culpa. Ayudará meditar en lo sucedido con la mujer adúltera (Jn. 8,1ss), con Zaqueo (Lc. 7,36ss), con María Magdalena (Mc. 5,25ss).

c) El servidor desconcertante

Los judíos querían milagros; pero Jesús muestra amor y misericordia. Llega un momento crítico y empiezan a abandonar a este Maestro que los desilusiona. Empezaron a retirarse y Jesús pregunta a sus apóstoles "*Y Uds. ¿también quieren marcharse?*". Y la respuesta es hermosa; pero da que pensar. Dicen "*Señor ¿a quien iremos?, Tú sólo tienes palabras de vida eterna*" (Jn. 6,68). Es posible pensar que también las dudas y la desconfianza habían entrado en sus corazones. No se marchaban, posiblemente, porque no tenían otro camino; pero la inquietud y el desaliento también estaba presente en ellos.

Los apóstoles también soñaban con el Mesías del poder y de los milagros y va apareciendo un rostro de Jesús manso, que predica el amor y no la fuerza. No hace demostraciones de poder y esto los decepciona.

Hoy día sucede exactamente lo mismo. La humanidad busca la eficacia, lo práctico, lo que sirve y produce utilidades. El Evangelio aparece como una utopía o una ilusión que no llega a la realidad.

Jesús aparece para muchos como un gran ineficaz frente a las ciencias técnicas de quienes viven dominados por ese falso dios llamado eficacia o eficiencia. Así San Juan nos dice: "*Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron*". (Jn. 1, 11).

Jesús no organizó la resistencia, no busca la influencia de los poderosos y se rodea de los pobres. "El no tiene dónde reclinar la cabeza".

Es un testigo del amor del Padre, es su Enviado y "*viene a servir y no a ser servido*". (Mt.

20, 28). Enseña que "*los últimos serán los primeros*" y que "*Dios rechaza a los orgullosos*".

Jesucristo es un servidor desconcertante que lava los pies a los apóstoles la noche anterior a su Pasión. No aparece autoritario y el sentido de prepotencia no está en la mentalidad ni en el corazón del Señor.

Se preocupa de los leprosos, de los niños, de los sufrientes, lo cual no trae poder ni privilegios.

El cree en el Amor y no en la fuerza. El cree en el amor gratuito y no en el amor egoísta o interesado.

Hoy día vivimos en una sociedad que está enferma por las ansias de poder ya sea político, económico o de la clase que sea. Hay tantos que buscan desesperadamente el poder y por eso desean prestigio, cuidan su imagen, seleccionan sus amistades y viven adorando al dios Poder en total contradicción con la mentalidad que vive y enseña Jesucristo.

Las ambiciones desmedidas y el arribismo son realidades fuertes en nuestra sociedad y el número de los que quieren "subir" usando cualquier medio es de proporciones increíbles.

Las personas se envenenan interiormente cuando sus ambiciones de poder no son logradas y entonces se recurre a cualquier camino para obtener lo que se busca en forma desordenada. Jesús muestra absolutamente un camino diferente porque para El el poder es un servicio y no tiene sentido sin esta dimensión.

Nunca entenderemos el rostro de Jesús mientras no vislumbremos el modo de enfocar el poder y el servicio que nos enseña Jesús. Aquí está una de las raíces más profundas que separan, incluso a quienes se denominan cristianos. El servidor desconcertante sigue siendo un signo de contradicción; pero si no abordamos este problema con los ojos del Señor nos quedaremos muy lejos de entender lo que es ser seguidor de Jesús.

B. Las Bienaventuranzas y el Rostro feliz de Jesús

a) Las bienaventuranzas

En el sermón de la montaña es donde mejor Jesús nos revela su espíritu y su personalidad. No son lugares comunes o frases poéticas. Es todo un camino o una marcha ascendente hacia el amor.

En ellas se habla de felicidad como algo actual y de ahora. Jesús presenta un progreso armónico y coherente que lleva a la plenitud cristiana. El amor es el nexo que va uniendo al pobre con el misericordioso y el buscador de la justicia. Las bienaventuranzas sin amor no tendrían sentido o cohesión. Siempre el amor será el nudo y el nexo de toda la vida cristiana en los que desean llamarse y ser cristianos.

Jesús parte de la pobreza que es la condición previa para el amor ya que la pobreza se define como " un desprenderse de las personas, de las cosas y de sí mismo para llegar al amor". En realidad quien está apegado a algo o a alguien, o a sí mismo, nunca podrá dar amor porque vivirá en una actitud de defensa negativa. Hay cristianos con riquezas materiales que viven esta bienaventuranza porque tienen su corazón desprendido de las riquezas y también hay pobres materiales que están lejos del Reino de Dios porque su corazón está apoyado en lo poco que tienen.

El amor lleva a la pobreza; pero la pobreza material o aquella pobreza que no lleva al desprendimiento, no lleva al amor.

Jesucristo nace, vive y muere pobre porque su corazón está desprendido de todo y de sí mismo ya que su gran preocupación es la gloria del Padre.

Y las otras bienaventuranzas parten de este primer paso en amor. Así el pobre se hará manso, será capaz de sufrir con los que sufren, tendrá un corazón puro y misericordioso,

luchará por la justicia y llegará a identificarse con Jesús perseguido y crucificado por amor.

Jesús presenta un llamado y este proyecto de vida asusta a muchos porque es un llamado a vivir la radicalidad del Evangelio en un estilo de vida consecuente.

Este llamado es de tal manera exigente y radical que se acepta en forma integral o se produce una falsificación de toda la vida cristiana. No se puede jugar a ser pobre o quedarnos sólo con la misericordia sin pensar en la justicia porque un amor de Dios que no lleva a la justicia es una farsa, Jesús presenta un programa lógicamente unido y coherente. Por esa razón Gandhi, gran líder de la India, dijo esta frase: "el día que los cristianos vivan las bienaventuranzas toda la India, quinientos millones de habitantes, se convertirá al cristianismo". Es interesante leer que en un campo de concentración alemán, en la segunda guerra mundial, un ateo encontró un papel con las bienaventuranzas e hizo de ese escrito la norma de su vida sin saber que pertenecía al Evangelio de Jesucristo. También ayuda a

pensar la historia de un africano que bajó a la ciudad para hacer un negocio y al final de la discusión explica que su ley, guardada como un secreto, estaba en la Bienaventuranzas. El hombre de Africa no era cristiano; pero vivía orientado por este texto del Evangelio.

b) El precio para alcanzar la felicidad en Jesús

La tentación de quedarnos en un humanismo maravilloso, con un fabricante de milagros es muy peligrosa. Hay una realidad misteriosa que lleva a Jesucristo hasta la Pasión en la Cruz. Así aparece el profundo significado del Siervo de Dios, el Cordero inocente, crucificado y transformado en un despojo humano.

Las bienaventuranzas hablan de felicidad y llevan a un estilo de vida, a una manera de pensar y de vivir; pero se tiene que pagar un precio y Jesús fué el primero en aceptar pagar este precio. Dice el Señor que "*serán felices los que sean maltratados y perseguidos por buscar la justicia*" (Mt. 5, 10) y la última bienaventuranza

conduce necesariamente a la Pasión en donde el Señor se muestra indefenso, frágil, vulnerable sacrificado por la dureza y el pecado de la humanidad. Ya los primeros cristianos tenían como símbolo de Jesús al cordero y por esta razón, actualmente, en cada Eucaristía, se hace referencia al Cordero de Dios: cuando se reza el Gloria, antes de la comunión se dice tres veces "*Cordero de Dios que quita los pecados del mundo...*" y cuando el sacerdote presenta la hostia consagrada dice: "*Aquí está el Cordero de Dios*".

Jesús ya había sido simbolizado en el cordero pascual que comían los judíos al celebrar la salida de Egipto, en la fiesta del paso del Señor. La Pasión viene a hacer realidad este símbolo anunciado; pero que no fue entendido por quienes crucificaron a Jesús.

El es el Cordero que no abre sus labios y muere por salvar a la humanidad; es llevado al matadero por los pecados de todos los hombres y mujeres de la tierra.

Jesús es el Servidor sufriente que anuncia el Antiguo Testamento, en especial el

profeta Isaías. Es aquel que da su vida y muere despreciado en una cruz y así realiza la salvación de la humanidad. Así El nos reconcilia con el Padre y nace el hombre nuevo creado en justicia y santidad.

Jesús tiene su cabeza coronada de espinas y sus manos traspasadas por los clavos de la crucifixión. Su costado fué abierto por la lanza del soldado el día de su muerte en la cruz. Entonces nace la Iglesia y se inicia la vida cristiana. Todo nace del Servidor sufriente que muere por ser consecuente con el Sermón de la Montaña.

El es nuestro guía. Manso y humilde, pobre y postergado, sin brillo y sin desear privilegios y honores.

Todo fué un escándalo para los judíos; pero de allí, de ese servidor sufriente, nace la vida y la esperanza.

El Siervo de Yavé es el Resucitado y la Resurrección es la fuente y el origen de nuestra paz y nuestra reconciliación. Aquí está la raíz de la esperanza. Así puede nacer y

crecer la verdadera y plena felicidad interior que logra darle sentido a la vida y también hace entendible el gran misterio del sufrimiento y del dolor humano.

Es la felicidad más profunda, aquella que se encuentra al olvidarse de sí mismo, al vivir en donación permanente a los hermanos sin una búsqueda egoísta de sí mismo. Se trata de esa felicidad que nace de un corazón pacificado interiormente, de un corazón que no busca el poder si no es para servir. Es la felicidad más profunda, aquella que nada y nadie podrá quitar.

El precio es caro; pero vale la pena. Este es el camino que presenta Jesús y este es nuestro camino. Es la respuesta final a la Cruz que se encuentra en la Resurrección.

María, la Madre de Jesús, será siempre la mejor expresión y el gran modelo de quién entendió el mensaje de las bienaventuranzas. Vivió en paz. Su alma fue traspasada por el dolor y el sufrimiento; pero nos muestra cómo se puede ser feliz en medio de las dificultades y pasando por la cruz.

5. LA IGLESIA: PROLONGACION PERMANENTE DEL ROSTRO DE JESUS

Esta es la conclusión de estas páginas y sólo enunciaré el tema.

"Amó a la Iglesia y se entregó por Ella" dice San Pablo y la Iglesia es Jesús extendido a través de los siglos.

Los cristianos somos la Iglesia y se nos pide seguir los pasos de este Jesús que he tratado de presentar en estas páginas.

La Iglesia necesita, si quiere ser fiel a Jesús, proyectar este rostro de Jesús y mostrar el Reino de Dios desconcertante y al Servidor del Reino que muchas veces nos sorprende. La Iglesia de Cristo es la Iglesia de las Bienaventuranzas y la del Siervo de Dios.

Hace algunos años citaba a un teólogo alemán quien escribía: "los santos son *los pobres de espíritu*, los humildes en el Estado, en la Iglesia, en la sociedad, los desconocidos a quienes casi no se mira, los que cumplen sin ruido su oscuro deber cotidiano y se asombran de que el Dios de majestad se digne venir hacia ellos. Son *los mansos que jamás murmuran contra la vida y la toman siempre sonriendo como Dios se la da*. Son *los que lloran* diciendo a Dios con gemidos inenarrables en sus noches solitarias ¡Señor, hágase tu Voluntad y no la mía! y los que llegan a decirle a Dios con corazón gozoso ¡gracias! por haberles admitido a llevar la Cruz de Cristo. Son *los que tienen hambre y sed de justicia* y que lejos de contentarse con una cómoda vida de piedad y con una virtud satisfecha, tienen siempre en el fondo del corazón, el tormento doloroso de su indignidad y, toda su vida, hacen esfuerzo para elevarse con la gracia del Salvador. Son *los misericordiosos* para quienes las miserias de los otros son también las tuyas, que no temen pasar por los caminos penosos y peligrosos, a través de la vergüenza y el lodo, para ir a buscar a su hermano en la necesidad y que no

se dejan desalentar por ninguna ingratitud. Son *los corazones puros*, esos hombres de alma de niños, incapaces de malicia, buenos, claros, para quienes la vida es un día lleno de sol y que desde del corazón dicen sencillamente ¡Padre!".

"Son *los pacíficos*, los que llevan la Paz, esos hombres animados del Espíritu de Dios, almas recogidas, siempre iguales, que irradian la calma y la paz, cual ejemplo de Dios, ante los cuales el espíritu de discordia se calla avergonzado. Son, en fin, *los que a causa de la justicia*, a causa de El, sufren persecución, almas de trabajadores infatigables que dan testimonio de la verdad".

Es urgente revisar nuestras mentalidades personales y eclesiales y entrar en el camino del Señor. Ahí se juega nuestra identidad cristiana y así viviremos de verdad lo que El nos ha enseñado.

He presentado el rostro de Jesús que desearía poder mostrar a todos los hombres de

buena voluntad. Ese es el querer de Dios y es la Voluntad del Padre. Que María, la Madre de Jesús, nos ayude a conocer mejor el rostro de su Hijo y así la Iglesia y los cristianos seremos mejores seguidores del único Maestro.

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

INDICE

Presentación	3
1. LA FE EN JESUCRISTO	5
2. EL ROSTRO DE JESUS	13
3. TRES CAMINOS PARA CONOCER EL ROSTRO DE JESUS	21
4. ALGUNOS RASGOS FUNDAMENTALES DEL ROSTRO DE JESUS	26
A) JESUS Y EL REINO DE DIOS	29
a) Jesús hace presente el Reino de Dios	29
b) El Reino desconcertante	32
c) El servidor desconcertante	37
B) LAS BIENAVENTURANZAS Y EL ROSTRO FELIZ DE JESUS	41
a) Las Bienaventuranzas	41
b) El precio para alcanzar la felicidad en Jesús ..	44
5. LA IGLESIA: PROLONGACION PER MANENTE DEL ROSTRO DE JESUS	48